

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Nº 21, AÑO VII, 4 de marzo, 2018

LAS PALABRAS DE JESÚS III

Esas PALABRAS son también sacramento a veces, donde el SIGNO no meramente indica, sino actúa, y crea, produciendo lo que significa:

Cuando Cristo dice al mar: **«¡Enmudece!»**, vuelve al momento a brillar la calma sobre las olas embravecidas; cuando ordena al tullido: **«Levántate y anda»**, recupera la vivacidad el cuerpo inerte; cuando declara al enfermo y pecador: **«Tus pecados te han sido perdonados»**, para curarle después: **Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa (Mt 9, 5).**

Cuando dice: **«Niña, levántate»** a la hijita de Jairo; o bien: **«Muchacho, contigo hablo: ponte de pie»**, al hijo único de la viuda de Naím; o: **«Lázaro, sal afuera»**, en Betania, su palabra es la del Señor de la vida y de la muerte, quien devuelve un ser, dado ya por perdido, al abrazo de los suyos.

Y, una vez precedida por esta PALABRA omnipotente, ¿quién puede impedir que unas cuantas horas antes de dejarse Cristo triturar como Hostia de inmolación por nuestros pecados en su tremenda Pasión, esa misma Palabra caiga con toda su energía creadora sobre un puñado de granos de trigo triturados, y pronuncie la más loca y sublime frase que exhalar pudieran los labios del más grande de todos los locamente enamorados: **«Esto es mi Cuerpo. Tomad y comed».**

Razón le sobraba al Evangelista Juan cuando comentaba: **«habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»** (Jn 13, 1).

Ese milagro eucarístico realizado por su Palabra no se lo había ofrecido de sopetón a los suyos, sino que se lo había predicho ya en Cafarnaúm. Sólo que ¿quién iba a imaginarse, allá por los albores de su manifestación al mundo, lo que aquel inaudito prodigio iba a ser?, ¿y que iba a seguir siéndolo millones y millones de veces al año, hasta que los años y los milenios no contaran?



Que, cuando los judíos se mofaron de su Palabra, y empezaron a alejarse de su radio de alcance, tras la desconcertante Promesa de la Eucaristía, nuestro Buen Maestro no sólo la reiteró vigorosamente, sino que hasta retó a sus recién estrenados discípulos: **«¿También vosotros os queréis ir?»** Y fue entonces cuando Pedro —comprendiera o no el infinito alcance de aquel gran cheque en blanco ofrecido a la humanidad hambrienta de Dios— dijo lo más hermoso que decir pudiera de su Palabra: **«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»** (Jn. 6, 68, 69).

Los cielos mismos devolverían el eco de estas palabras de Pedro con una orden-clave que resonaría más tarde por el monte de la Transfiguración: **«Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».** (Mt. 17, 5).

Claro que los cielos, la tierra pasarían algún día, pero la PALABRA de Cristo seguiría siempre erguida sobre el Universo como el SIGNO de todos los tiempos hasta dentro de las entrañas mismas de la eternidad.

No se necesita mucha intuición amorosa para descubrir que su Palabra, persigue un blanco predilecto: el de unirse lo más estrechamente a nosotros (**«igual que él Padre y yo somos uno»**), el de entrar de lleno en nuestra familia humana, el de ser aceptado, el de integrarse totalmente en nuestra estirpe, sin ofuscar ni ofender con la infinita santidad de Su Persona, y precisamente ¡Él, que cargó con todos nuestros pecados! ¡Increíble amor!, sin precedentes en el mundo físico.

De un modo conmovedor lo describen dos sencillas pinceladas del Apocalipsis: **«Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»** (Apoc 3, 20). Pero, por otra parte, nuestro cristianísimo Lope, testigo tantas veces, y a veces también protagonista, de nuestro tosco rechazo de un Amor Inmortal bajo capa de mendigo, exclama:

*«¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?,
¿qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?»*

*Cuántas veces él ángel me decía:
'Alma, asómate ahora a la ventana:
verás con cuánto amor llamar porfía'
¡Y cuánta hermosura soberana,
'Mañana le abriremos' —respondía—
para lo mismo responder mañana!»*

Texto tomado del libro **“LA SEÑAL”**, de José Luis Carreño S.D.B., misionero en India